

la salvacion nunguna en un oceano de es-  
 -candales y de errores.  
 Como ha costado la revolucion a la Francia:  
 puede desde esta época hacerse marchar con  
 ella ha desolado a su Iglesia y a todo el mundo  
 mas seguridad entre el falso respaldar de las  
 prevenciones que el siglo XVIII ha derramado  
 sobre el siguiente para reproducir las mismas  
 sus desastres, nos presenta una compensacion  
 crisis (1).

mostr para los españoles males que ha pro-  
 -ducido. Del mismo de esa revolucion, esta  
 -disabolo determinadamente, solo una claridad in-  
 -cristo XVIII. A. J. Disc. Prelim. T. PRIM.



Toda vida de haber se debe...  
 la vida tan prontamente destruyada : los  
 -negocios fatigaban a un principe que incesan-  
 -temente experimentaba la fatiga de los plac-  
 -tes y para quien los placeres eran el principal  
 -negocio (1). Las memorias de aquel tiempo  
 nos han conservado muchos portadores de los  
 -desentendidos desordenes de este desastrado  
 -principio, y de sus orgias repugnantes de este  
 -cesar renovadas, en las que parecia tener una  
 -complicancia en destruyase con un despreciable como se supone.  
 -La elevacion de Dubois, segun el autor de  
 -el por su restitucion en un punto que se debe

**Desde la muerte de Clemente XI, hasta la del cardenal de Noailles en 1720.**

todo cuanto puede decirse. Recolose tal el  
 -veneno que el encono y la malignidad han  
 -derramado sobre los favoritos de los princi-  
 -pes, y sera nada en comparacion de lo que

La resistencia del cardenal de Noailles, ciego  
 instrumento de los jansenistas, era un escán-  
 dalo para la cristiandad. El regente y Dubois,  
 su ministro, determinaron vencerla; pero es  
 necesario saber como llegaron a reunir sus es-  
 fuerzos en este particular con los de los obispos  
 franceses. Primeramente bosquejaremos el ca-  
 rácter del duque de Orleans.

Habia nacido este principe con las mas  
 felices disposiciones y en algunos ramos habia  
 sido su educacion esmeradamente cultivada.  
 Su entendimiento era claro y penetrante, y lo  
 que concebía con claridad y rapidez, sabia es-  
 presarlo con tanta gracia como facilidad; en la  
 guerra habia mostrado un valor y una ca-  
 pacidad que le hubieran hecho un gran gene-  
 ral, si las ocasiones de mandar los ejércitos se  
 hubiesen repetido; sus conocimientos en las  
 ciencias fisicas, en las letras y en las artes,  
 eran estensos y variados; á todo lo cual ana-  
 dia un fondo de bondad natural, que le hacia  
 parecer amable, aun despues de haber de-  
 jado uno de estimarle; pero sucedia que  
 perdía la estimacion al momento que uno em-  
 pezaba á conocerle á fondo. Jamás hubo una  
 alma mas enervada y mas corrompida por

todos los vicios que nacen de la mas peligrosa  
 de nuestras inclinaciones, la voluptuosidad:  
 y eran tales el desbordamiento de costumbres  
 y las irreligiosas jactancias del joven principe,  
 en medio de la austeridad de la antigua corte  
 en los últimos años, que casi hicieron verosi-  
 miles las horribles sospechas que casi natural-  
 mente se suscitaron contra él cuando la familia  
 Real se vió desolada con tantas muertes in-  
 esperadas y violentas; sospechas que en el  
 ánimo de algunos jamás se borraron comple-  
 tamente (1). Con la edad se hicieron aun  
 mas ardientes sus inclinaciones voluptuosas,  
 y su irreligion profunda é inveterada las exi-  
 mió por de pronto de inquietud y remor-  
 dimientos. Los vicios no habian corrompido  
 enteramente su natural bondad; pero le  
 habian sumido en esa indiferencia del bien  
 y del mal, y en ese desprecio hacia los hom-  
 bres que nace de la alta idea que de sí  
 mismo forma un hombre profundamente cor-  
 rompido y digno de todo género de desprecio.

(1) Lejos de eso, adquirieron tanta fuerza, que le  
 obligaron a defenderse de ellas ante el rey como de  
 una acusacion formal. Luis XIV que le conocia bien,  
 le llamaba un *fanfarron de vicios*.

Toda idea de deber se había borrado en aquella alma tan profundamente degradada: los negocios fatigaban á un príncipe que incesantemente experimentaba la fatiga de los placeres y para quien los placeres eran el principal negocio (1). Las Memorias de aquel tiempo nos han conservado muchos pormenores de los desenfundados desórdenes de este desgraciado príncipe, y de sus orgías repugnantes y sin cesar renovadas, en las que parecía tener una complacencia en degradarse con mugeres perdidas y con libertinos las mas de las veces de la clase mas oscura, que se hacian estimar de él por su refinamiento en aquellas vergonzosas obscenidades, pormenores indignos de la historia y que nos presentan al sucesor inmediato del trono, al príncipe que gobernaba la Francia despues de Luis XIV, en un delirio de impiedad y en un exceso de crapulosa abyección, de que no había ejemplo en ninguno de los reyes que habían ocupado el trono de Francia, ni ha vuelto á presentarse, aun en medio del espantoso desenfreno del siglo que él era digno de anunciar é inaugurar. Estos nuevos y escandalosos ejemplos fructificaron en su propia familia, y los desórdenes de una de sus hijas, que por efecto de ellos sufrió una muerte prematura, fueron su primer castigo: con ellos se inficionó también la juventud de la corte y hasta los viejos cortesanos, á quienes los últimos años del reinado de Luis XIV habían obligado á hacerse hipócritas, arrojaron osadamente la máscara. Las demas clases de la sociedad se espantaron al pronto de aquel extremo de corrupción; pero no debían tardar mucho tiempo en verse comprendidas en él (2).

A este retrato del regente, debemos añadir el de Dubois; pero sin pintarlo con los sombríos colores de que tantos historiadores se han ser-

(1) San Victor, Cuadro de Paris. t. 4, part. 2. páginas 8 y 10.

(2) Ibid. pag. 26 y 27.

vido para hacerlo; porque ¿qué confianza podremos tener en unos escritores tales como San Simon y Ducloux, que dan por hechos positivos varias anécdotas destituidas de fundamento y verosimilitud? El rechazar imputaciones infamantes para un prelado, decia el abate Emery, superior de San Sulpicio (1), es servir á la Religion, y el clero de Francia está interesado en que se pruebe que uno de sus miembros de los mas elevados en honores no ha sido un hombre tan despreciable como se supone.

«La elevacion de Dubois, segun el autor de la *Vida del duque de Orleans*, escribió la envidia y la exaltó hasta á un punto que excede todo cuanto puede decirse. Recójase todo el veneno que el encono y la malignidad han derramado sobre los favoritos de los príncipes, y será nada en comparacion de lo que sucedió con este. Si hubieran de creerse las sátiras, las canciones y las caricaturas que en aquel tiempo se publicaron profusamente, no tenia ni religion, ni probidad, ni honor, ni aun sentimientos de humanidad: carecia absolutamente de toda clase de mérito, y era enteramente incapaz de los empleos que se le confiaban: toda su vida la habia pasado en la disolucion.» Las *Memorias de la Regencia* (2), por Piossens, atestiguan también el desencadenamiento que en aquella época hubo. «No es posible adivinar, se lee en ellas, á qué exceso de malignidad se entregaron: yo temeria se me hiciese la injusticia de suponerme cómplice de ella, si retiriese los rumores que entonces se hicieron correr acerca del libertinaje é irreligion de que acusaban al ministro. Vale mas suprimirlos, que dar lugar á que, refiriendo semejantes sátiras, se sospeche que las apruebo.» Voltaire no con-

(1) *Misceláneas de filosofía*, t. 8, p. 176.

(2) Téngase presente que estas *Memorias de la Regencia* así como la *Vida del Regente* no se han publicado sino mucho tiempo despues de la muerte del príncipe y del ministro.

cede á Dubois mas que muy poco talento; pero intentar desacreditarle sobre este punto era, segun se lee en la *Vida del Regente*, declarar su encono de manera que ya no se le pudiese creer en cuanto á lo demás. A un talento despejado unia una aplicacion constante y una tenaz laboriosidad. No es menos sorprendente el tono con que Fontenelle habla de Dubois, en el discurso que le dirigió el dia de su recepcion en la Academia francesa: «Ya os acordareis, le dijo, que mis deseos os echaban de menos en este sitio mucho antes que os pudieseis presentar apoyado con tantos títulos: nadie mejor que yo sabe que en cualquiera ocasion los podiais haber presentado con aquellos que nosotros preferiremos siempre á todos los demás.» Luego hablando Fontenelle de la promocion de Dubois al cardenalato, añade: «Todos los soberanos han concurrido para haceros obtener la púrpura. De manera que el Sumo Pontífice no ha podido oír mas que una sola súplica por parte de todos los embajadores, cual si fuéseis un prelado de todos los Estados católicos, y un ministro de todos los gabinetes.» Además de esto vemos á Dubois constantemente honrado con la confianza de un príncipe, fácil si se quiere, pero instruido; le vemos encargado de negociaciones importantes, elevado á los mayores empleos y acreditando en ellos su capacidad: le vemos en relacion íntima con eminentes personajes de la Iglesia y del Estado, con el cardenal de Rohan, cuyas nobles y brillantes cualidades alaba la historia, con un gran número de obispos recomendables, entre los cuales figuran Massillon y Languet, y con el P. de La Tour, del Oratorio, Argenson, Fontenelle, etc. ¿No es esto una razon para creer que aquel ministro no fué tal como sus enemigos lo presentan? ¿No es por otra parte digno de atencion ver que las principales calumnias con que se le abrumaba han sido hoy dia reconocidas como tales? Ya es sabido que la historia de su casamiento es una fábula, que su pe-

sion en Inglaterra no es mas cierta, que el haber recibido las ordenes en una sola mañana es una falsedad, y por último, que su pacto con Inocencio XIII es apócrifo. Mas si aún es necesario oponer otro testimonio á los detractores de Dubois, fácil nos será hallarlo en una carta escrita en 14 de octubre de 1711 por Fenelon á Mad. de Roujaut, esposa del intendente de Poitiers. «El señor abate de Dubois, antiguo preceptor del señor duque de Orleans, dice Fenelon, es amigo mio hace muchos años: he recibido muchas y sólidas pruebas de ello en varias ocasiones. Todo lo que le interesa me afecta sinceramente. Por esta razon, señora, miraré como hechos á mí cuantos favores os sirvais dispensarle. Estoy persuadido de que si vos le conocierais, ninguna necesidad tendria de mi recomendacion; pues su mérito conseguiria mucho mas que todas mis palabras.» Hay motivos para creer que Fenelon conoció al abate Dubois en la corte, cuando ambos estaban empleados en la educacion de los dos príncipes. Ahora bien; si fuera cierto como se ha querido decir, que Dubois habia halagado las juveniles pasiones de su discípulo, ¿seria posible que Fenelon, dotado de un tacto tan fino y esquisito, no lo hubiera echado de ver? Y sabiéndolo, ¿quién podrá creer que este hombre de una conducta tan pura, este prelado tan escrupulosamente observador del decoro de su estado, hubiera honrado con el nombre de amigo al que tenia tan graves cargos contra sí? ¿Cómo hubiera podido decir que todas sus cosas le interesaban, ni que habia recibido de él positivas y sólidas pruebas de amistad, ni que si el abate Dubois fuera mas conocido ninguna necesidad tendria de recomendaciones, pues su mérito conseguiria mucho mas que todas las palabras de Fenelon mismo? El sabio y piadoso arzobispo ¿hubiera hablado así de un hombre despreciable y despreciado? Y téngase presente que en 1714 Dubois contaba ya cincuenta y cinco

años, y por consiguiente debía de ser lo que ha sido despues. Consérvase tambien una carta de La Mothe-Houdard á Fenelon á fines de 1713, dándole gracias por todo lo que en favor de él se habia servido decir al abate Dubois en una carta que este último habia tenido á bien comunicarle: lo cual prueba que Fenelon seguia una correspondencia epistolar con el abate Dubois. Semejante testimonio es á mi parecer de gran peso en este particular, porque desvanece muchas acusaciones y en particular las calumnias que contienen las *Memorias del duque de San Simon*. Este caballero tenia dos grandes motivos para no querer bien á Dubois. Ensoberbecido con su nobleza, no concedia su aprecio sino á los que gozaban del mismo privilegio, y se creia con derecho de despreciar soberanamente á un hombre procedente de una condicion oscura, al paso que además se sentia altamente despechado por el favor y la confianza particular que el regente dispensaba á aquel ministro. De manera que á cada paso se descubren los disgustos del cortesano en sus narraciones y en sus quejas contra Dubois. Además de que confiesa que se hallaban muy mal avenidos entre sí, con cuya circunstancia se hace aún mas sospechoso su testimonio. Por otra parte, la causticidad y la parcialidad del duque aparecen en todas sus *Memorias* al hablar de otros diferentes personajes (1).

Dubois, pues, no mereció las odiosas inculpaciones con que se ha pretendido infamarle, mas no por eso pretendemos disculparle del todo, pues no seria fácil absolverle de ambicion. Siendo las dignidades de la Iglesia el único camino por donde él podia elevarse á una especie de consideracion personal, concibió el proyecto de hacerse nombrar arzobispo de Cambrai; y si fuese preciso convenir con sus enemigos en que él era el hombre mas mal reputado de todo el reino por la infamia de sus

(1) *El Amigo de la Religion*, t. 32, p. 289 y 290.

costumbres y el cinismo de su impiedad, no podríamos menos de decir, que los que se muestran temerosos del poder de los Papas y de las pretensiones de la corte romana, debieron reconocer en aquella ocasion que el derecho, usurpado por los reyes ó por los que le representan, de proveer los obispados, puede mas de una vez tener sus inconvenientes. El duque de Orleans cedió, y es fácil, dice Mr. de Saint-Victor (2), hallar la esplicacion de semejante conducta en un plan combinado con la mayor astucia.

Desde el momento en que el duque de Orleans se hizo dueño de un poder que por largo tiempo se le habia disputado y que aun podia temer que se le escapara de las manos, juzgó necesario, para crearse partidarios, hacer algunas concesiones á la nobleza de la corte que soñaba dos cosas: primera, que ella sola representaba la nobleza de todo el reino, y segunda, que constituia aún un orden político. Parecióle tambien conveniente conceder algo al Parlamento, que á la muerte de Luis XIV se hallaba en la misma disposicion que en los tiempos de la Fronda, siempre dispuesto á renovar, respecto del poder temporal, la oposicion que el poder espiritual no habia cesado de hallar en él. Las faltas del regente en hacienda, en administracion y en política exterior, desarrollaron estas dos oposiciones que él mismo habia creado, y que no se hallaban mejor organizadas en sí mismas que el poder que ellas combatian. El regente vió en los magnates la pretension de restablecer la antigua aristocracia, y en el parlamento la de convertirse nuevamente en defensor de los pueblos oprimidos y en tutor de los reyes. Estos enredos, primero le impacientaron y luego le irritaron. El despotismo de Luis XIV, con el cual se creia tan insensatamente que la nacion se habia ya para siempre familiarizado y acostumbrado, le pareció con justa razon que

(2) *Cuadro de Paris*, t. 4, part. 2, p. 60.

era el modo mas fácil de gobernar; y Dubois que en ese sistema de gobierno veia el único medio de hacer triunfar la política inglesa en que se fundaban todas sus esperanzas, le impelia hácia él con toda la energia de su alma. Lanzóse, pues, á este sistema el regente, abrumado de fatiga y de impaciencia, y como una vez tomado ese partido, no vió mas que un solo hombre entre cuantos le rodeaban, que estuviese completamente de acuerdo con su modo de pensar, tuvo que descargar irremisiblemente sobre este hombre la plenitud de un poder que él estaba resuelto á no ejercer. Hasta en la misma pequenez de un ministro semejante, halló acaso el regente unas garantías que no le hubiera podido ofrecer otro cualquiera personaje considerable por sus relaciones y por su nacimiento. Y en esto no hacia tampoco mas que seguir el sistema de Luis XIV, llevándolo hasta sus últimas y mas abyectas consecuencias; pues en efecto, si este monarca dueño absoluto de un poder no disputado é indisputable, y hallándose como se hallaba resuelto á ejercerlo sin la menor oposicion, no habia creído prudente confiar ni la mas mínima parte á hombre alguno, cuya existencia social se hallara sólidamente afianzada, con mucho mas motivo debia proceder con igual cautela el duque de Orleans, cuyo poder temporal habia encontrado enemigos dispuestos á combatirlo y que por sus faltas y escándalos se habia hecho odioso y despreciable á la nacion. Entregó, pues, el poder á Dubois, porque entre todos sus consejeros creyó que era el único que se hallaba imposibilitado de abusar de él en contra suya, y se lo entregó sin límites, porque no podia haberlos en el sistema despótico que definitivamente habia adoptado. Tal era el extremo de degradacion en que habia caído ya el poder ejercido por Richelieu y Luis XIV con una apariencia de grandza que encubria su vicio radical, y que la Providencia habia querido permitir que cayese inmediatamente despues del gran

rey, en manos de un príncipe sin costumbres y sin Religion.

No era bastante para Dubois el haber sido creado arzobispo de Cambrai: quiso ser cardenal. Despues haberle dado la mitra, dice Mr. de San Victor (1), el duque de Orleans no podia negarse á prestarle su influencia para conseguir el capelo, y por lo tanto ambos trabajaron de consuno para llevar á cabo su proyecto; mas para conseguirlo, era conveniente y hasta necesario hacer algo que fuese agradable al Papa y útil á la Religion. Ahora bien: desde la muerte de Luis XIV, las quejas suscitadas por el partido jansenista con motivo de la bula *Unigenitus* no habian dejado de turbar continuamente á la iglesia de Francia, de ocupar al gobierno y de mantener la mas activa correspondencia entre el Papa, el regente y los obispos *acceptantes* ú *opuestos*. Esta bula, que el difunto rey poco antes de su muerte habia determinado llevar personalmente al parlamento á fin de hacerla registrar, no solamente no estaba aun revestida de esta formalidad, sino que dicha corporacion se mostraba mas decidida que nunca á negarle el registro. Y cuenta que el mismo duque de Orleans era quien habia suscitado esta oposicion tan obstinada, cuando queriendo en los primeros tiempos de su administracion grangearse el aprecio de la gente del foro, que era la que en cierto modo puede decirse que le habia elevado á la regencia, aparentó proteger á los jansenistas, y aun sacrificarles sus adversarios. En este estado permanecieron poco mas ó menos las cosas, mientras que Dubois y su señor no tuvieron interés en cambiarlas; pero desde que le tuvieron en complacer al Papa, los dos se hicieron *constitucionarios* á fin de vender servicios al Pontífice, y determinaron hacer de modo que la bula fuese aceptada. Tal es la terminacion del grande asunto, cuyos pormenores vamos á referir, y

(1) *Cuadro de Paris*, t. 4, part. II, pag. 64.

que le valió á Dubois el capelo cardenalicio.

Vindicando á este ministro de las calumnias que se le han prodigado, hemos predispuesto al lector á poder oír sin sorpresa la noticia de su promocion; mas aun admitiendo que Dubois hubiese merecido las acusaciones de que ha sido objeto, ¿seria justo involucrar la corte romana en la indignacion general que habria causado la profanacion de tan alta dignidad? Porque los vicios y los crímenes de Dubois, repetiremos con Mr. de San Victor (1), fuesen públicos en Francia, ¿es por ventura una razon de que en Roma hubiese una exacta noticia de ellos? Cuando se le estaban disputando al Pontífice todos los actos y casi todos los derechos de jurisdiccion sobre el clero galicano, ¿era buena ocasion para ejercer una vigilancia severa y activa sobre la vida y costumbres de un ministro del rey? ¿No se hubiera censurado hasta el pensar en semejante cosa? Mas aun suponiendo que algunos rumores de la conducta desarreglada de Dubois hubiesen llegado á oídos del Pontífice, ¿podia acaso llegarse á persuadir, nada mas que por vagas insinuaciones, ó noticias officiosas acaso, que un gran monarca, ó el príncipe Real que ocupaba entonces su puesto se habia de olvidar de sí mismo hasta el punto de presentarle un hombre infame para elevarlo á Príncipe de la Iglesia? El Papa no podia ni debía pensar semejante cosa. Dubois no le era conocido sino por los altos empleos con que la confianza del regente le distinguia: el servicio que acababa de hacer en Francia á la Religion era positivo por más que fuesen indecorosos y secretos los motivos que le habian movido á hacerlo; y por lo tanto, las razones que habian determinado al Papa eran justas y poderosas, y la indignidad del favorecido no podia inculparse sino al que, sabiéndola, no por eso habia desistido de instar para que fuese admitido en el seno del Sacro Colegio. Asi es como, mezclándose mas de lo

(1) Cuadro de Paris, t. 4, part. 2, p. 68.

debido en el gobierno de la Iglesia, é imponiendo, digámoslo así, al Gele de esta hombres de su eleccion para las altas dignidades eclesiásticas, los príncipes temporales, que han creído aumentar las atribuciones de su poder, no han hecho mas que sobrecargar con pesadas responsabilidades su conciencia (1).

(1) Duclos en sus *Memorias secretas* refiere que habiendo fallecido el Papa en los momentos en que Dubois intrigaba en Roma para obtener el capelo, el abate de Tencin que era, según él dice, su principal agente en esta intriga, ofreció al cardenal de Conti *proporcionarle la tiara*, por medio de la faccion francesa y otros partidarios *muy bien pagados*, á condicion de que él por su parte se obligara *por escrito á dar*, despues de su exaltacion, el capelo á Dubois; que realizado y firmado este contrato, intrigó Tencin *eficazmente*, y Conti fué elegido Papa; que habiéndole intimado entonces Tencin que cumpliera su palabra, el Pontífice, que era *naturalmente virtuoso* y que solo se habia dejado arrancar aquel escrito en un *arrebato de ambicion* rehusó cumplir aquel contrato simoniaco y prostituir el cardenalato confiriéndole á un sugeto tan poco digno; que duró mucho tiempo la lucha entre el Papa y el abate; pero que habiéndole amenazado este con la publicacion de aquel escrito, el Pontífice asustado cedió y nombró cardenal á Dubois para que quedase roto y destruido aquel falso escrito; que verificado este nombramiento, el abate, que aun no habia devuelto semejante papel, quiso tambien para sí el cardenalato, y puso esta condicion para desprenderse de él; que el Papa cayó enfermo y al fin murió de vergüenza y de dolor.

Vemos acumulados todo género de inverosimilitudes y de absurdos en este cuento, que no sabemos de dónde Duclos lo habrá sacado. Mas si fuera verosímil que el abate de Tencin, de quien los filósofos y jansenistas han hablado muy mal, lo que ya es un precedente en su favor, hubiera podido hacer nombrar un Pontífice á su gusto por medio del dinero, y que un cardenal, virtuoso ó no, hubiera tenido la estupidez de dejar, al entrar en el conclave, un escrito semejante en manos de un agente subalterno, no por eso habria menos derecho para preguntar al que refiere tal suceso: ¿Qué prueba nos dais de que eso sea cierto? ¿En qué testimonio lo apoyais? ¿Habeis visto acaso con vuestros propios ojos el escrito? ¿Teneis algunos datos para atestiguar su existencia? Nada de eso. El hecho, pues, carece de pruebas, de autoridades, de testimonios. Y como si el que lo refiere se hubiese tambien propuesto demostrar por su parte lo absurdo y lo inverosímil de semejante anecdota, dice con la mayor candidez al hablar acerca de la eleccion de Inocencio XIII que probablemente hubiera sido elegido Papa *sin tener que emplear manejo alguno*, solo por su nacimiento y *por la reputacion que gozaba*; y luego al hablar de la promocion de Dubois, añade: que se verificó *«por sollicitacion de la Francia, por recomendacion del emperador que era temido en Roma, y á quien el rey de Inglaterra habia hecho obrar con viveza: y finalmente, por el crédito é influencia del mismo Dubois que con uno y otra podia ser útil á la corte de Roma.»*

Ahora que ya hemos explicado la intervencion de Dubois en el asunto del jansenismo, intervencion que acaso no deberia atribuirse esclusivamente á la ambicion, supuesto que despues de haber obtenido el capelo no varió tampoco de conducta, nos parece conveniente manifestar las negociaciones en medio de las cuales murió Clemente XI.

Ya no habia ningun género de duda en que todos los obispos de las diferentes regiones de la cristiandad, se adherian á la constitucion *Unigenitus* y consideraban la apelacion como un acto ilegítimo y nulo. Antes que la referida constitucion pontificia se hubiese publicado, Quesnel, en su *Tradicion de la Iglesia romana*, habia declarado que el silencio de las demas iglesias, aun cuando nada mas hubiera, equivalia á un consentimiento general, el cual unido al fallo de la Santa Sede, constituia una decision que á nadie era permitido dejar de seguir. En otra parte habia dicho: «Se asegura que la bula ha sido recibida en todas partes; pero que nos den pruebas, y para ahorrarnos parte del trabajo, les dispensamos el presentar los testimonios de Asia y América. Con tal que solamente nos los presenten de todas las iglesias de Europa, nos daremos por satisfechos.» Este reto de Quesnel fué prontamente aceptado (1). Se rogó á los obispos estrájeros que explicasen su modo de pensar tocante á la bula. Al momento los prelados de las Sillas principales remitieron testimonio de su adhesion á la Bula y de su conformidad con la apelacion. En Italia, el patriarca de Venecia y los arzobispos de Bolonia, Génova, Milan, Ravena, Florencia, Pisa, Sena, Nápoles, Benevento, Palermo, Mesina y Cagliari, certificaron que la constitucion pontificia habia sido aceptada en sus metrópolis y sufragáneas. En Alemania, los tres arzobispos electores, el de Salzburgo y el de Praga, así

(1) *Memorias para la Hist. Eclesiast. del siglo XVIII, t. 1, p. 135 y 139.*

como los obispos de Basilea, Lieja, Hildesheim, Ratisbona, Espira, Wurtzburgo, Paderborn, Osnabruk y Munster, aseguraron que era conocida y observada en sus diócesis. El cardenal de Sajonia, arzobispo de Estrigonia y primado de Hungría, contestó que en aquel reino no habia refractarios. En Polonia, los arzobispos de Gnesne y de Leopold, y los obispos de Cracovia, de Posen y de Lucko, manifestaron iguales sentimientos. Los arzobispos de Ragusa, Zara y Espalatro en Dalmacia, contestaron que la bula era para ellos y para sus sufragáneos objeto de veneracion. En España, los inquisidores, los arzobispos de Zaragoza, Burgos, Granada, Toledo y Sevilla, así como los obispos de Ávila, Segovia, Sigüenza, Tarragona y Badajoz, se apresuraron á manifestar la conformidad de su modo de pensar con el de tantos otros obispos, y los esfuerzos de Ravechet para con los prelados y universidades de este reino, á fin de moverles á que apelaran, solo sirvieron para acabar de probar cuán agena se hallaba la Iglesia de España de tomar parte en semejante acto, y para atraer al doctor Ravechet justas reconvenciones. El cardenal Acuña, inquisidor general de Portugal, y el patriarca occidental de Lisboa, dieron cuenta de las disposiciones de los obispos de aquel pais, que no eran otras que las de España. Los obispos de Sion y Lausana se expresaron contra la apelacion en los términos mas energicos. En el Piamonte, el vicario general del Santo Oficio, el obispo de Mondovi y otros particulares manifestaron igual modo de pensar. El obispo de Ginebra aceptó la bula en su sínodo. Tres obispos que ejercian las funciones de vicarios apostólicos en Inglaterra, remitieron los testimonios de su adhesion. Los obispos de los Países Bajos se habian ya declarado adictos á la Bula aun antes de que se solicitara su manifestacion. Colocados en los paises donde la nueva doctrina habia tenido origen, y donde por consiguiente conservaba prosélitos, tenian estos prelados que mantenerse en lucha contra el er-